

## VOLVER A EMPEZAR

*"Vuelves a mí porque el asesino siempre  
vuelve al lugar del crimen"*

Oscar Hahn "Lugar común"

La risa de los niños resonaba en el patio de la casa. Estaban festejando el cumpleaños número nueve de Luciano, hijo único de Laura y Julián. Toda la familia, amigos y compañeros se habían reunido para ese momento.

Laura había trabajado arduamente para que todo saliera tal cual lo planeado. Tenía que estar perfecto. Su amiga Sandy le ayudó a colgar los globos en las columnas del salón y tiraron guirnaldas que cruzaban a lo ancho y a lo largo. Julián se encargaría de poner la música, la tía Sofía había preparado la torta de Superman, el súper héroe favorito de Luciano. El abuelo Luis sería el mago y así, con un poquito entre todos, fueron armando la gran fiesta de cumpleaños.

Como el día estaba soleado, se habían armado juegos para los niños en el jardín y ahí estaban corriendo y saltando en el castillo inflable. Laura volvía de la cocina con la torta cuando un grito desgarrador salió de su garganta paralizando la charla de los adultos en el salón principal.

Julián salió corriendo, sin entender mucho qué había sucedido. Laura, mi amor, ¿qué pasó?

Ella estaba petrificada, sus ojos se habían desorbitado y su mirada sólo apuntaba hacia el patio, Julián giró la cabeza y vio la escena en su dantesca magnitud.

La verja había sido atravesada por un inmenso colectivo que impactó justo en el tobogán inflable. Los nenes que se habían podido salvar lloraban histéricos y corrían de un lado al otro, sin entender nada, todo era caos y la sangre brotaba a raudales.

Julián corrió hacia el inflable, que por el impacto se había desinflado, dejando chicos atrapados en su interior que pedían desesperados que los sacaran; y entre ellos estaba su hijo, sólo que él no gritaba, estaba muerto. Lo tomó en sus brazos y lo sostuvo así, abrazándolo, mientras mirando al cielo destronó un grito desgarrador: ¡Por qué Señor! Laura llegó corriendo, le tomó fuertemente los brazos y llorando le dijo: ¡Decime que vive, decime que no está muerto! ¡Luciano!, y quedaron ahí, arrodillados en el jardín acunando a su pequeño bebé que había festejado su último cumpleaños.

Pasado ese momento, Julián como un loco tomó la pala que tenía cerca del árbol y se dirigió hacia el colectivo dispuesto a matar a ese asesino irresponsable que le había arrebatado la vida. Pero cuando llegó no había nadie, el muy cobarde había huido dejando tras de sí sólo desolación.

Sandy con lágrimas en los ojos, tomó el celular y llamó a la ambulancia, había muchos nenes lastimados, el abuelo Luis comenzó a sentirse descompuesto y la presión le subió tanto que también a él lo tuvieron que internar para compensarlo. En el fondo del jardín todavía seguía sonando como burlona la canción del feliz cumpleaños.

Los vecinos del barrio, que presenciaron todo, fueron pronto a solidarizarse y prestaron ayuda con lo que podían. Se organizaron para que la ambulancia pudiera trabajar tranquila y una vez que fueron atendidos y devueltos a sus padres, se retiraron a sus hogares, dejando solos a Julián y Laura acunando a su hijo muerto.

La noche cayó, los preparativos del velatorio quedaron en manos del hermano de Julián quien junto con Gaby, la amiga de Laura, se encargaron de todos los trámites del doloroso velatorio.

Luego de tres años, las vidas de Laura y Julián nunca volvieron a ser las mismas. La casa sin su bebé se sentía desolada. Laura pasado un tiempo bastante largo de reclusión pudo de a poco insertarse en el mundo social y se abocó de lleno a su trabajo; para Julián no fue igual, se había abandonado por completo, se fue dando a la bebida, primero para poder dormir, luego para ahogar sus penas, hasta que se transformó en una adicción.

Las discusiones cada vez eran más frecuentes, no quería entender razones, y por más que su mujer le hacía ver que ella también había perdido a su hijo pero que había que seguir viviendo, a él no le cabía en la cabeza. Y muchas veces se encontraba yendo a la parroquia para gritarle a viva voz a ese Dios de misericordia que se había llevado a su pequeño.

Una mañana, Laura ya sin saber cómo manejar la situación le dijo que quería el divorcio, que así no podían seguir más, que su vida había sido un calvario desde la muerte de Lucianito, y que ver a su marido deteriorarse con el alcohol y la locura y no querer hacer nada para poder sobrellevarlo era demasiado dolor que soportar. Así que hizo sus maletas y se marchó a la casa de sus padres, dejando atrás a un Julián que veía cómo seguían desmoronándose partes de su vida que en otras épocas fueron pura felicidad.

Meses después, luego de haberse quedado seco de tanto llorar, Julián pidió ayuda profesional para salir de ese círculo vicioso en el que había caído. Poco a poco fue dejando el alcohol, consiguió un trabajo de algunas horas, se puso a estudiar abogacía y su vida parecía comenzar a tomar sentido.

Hasta esa noche, cuando viniendo de la universidad, vio a alguien parado en la reja de su casa; desaceleró sus pasos por miedo pero al ver que el hombre permanecía ahí parado decidió enfrentarlo y preguntarle qué estaba buscando.

Al acercarse al extraño notó que era un mendigo, hoscamente le respondió que no tenía nada para darle, que se marchara o llamaría a la policía; pero lejos de irse el mendigo pronunció unas palabras que a Julián le helaron la sangre: Perdóneme, -dijo el extraño- perdóneme por favor señor, necesito que lo haga de lo contrario ya no voy a poder seguir viviendo más.

Julián movió fuertemente el brazo para desprenderse de ese loco. Sin pensarlo le respondió que entendía que buscara alimento, que no tenía nada para darle, y que no tenía que pedirle perdón por su forma de vivir. Los ojos del hombre inundados en lágrimas se clavaron en los de Julián y cayendo de rodillas estalló en llanto desesperado a sus pies.

Esta situación se había puesto rara, pensó Julián; sin embargo sentía una conexión con ese mendigo, lo hizo pasar a su casa, quiso estar más tiempo con él.

Ya dentro del hogar, le ofreció sopa caliente, y cambiarse las ropas húmedas por algo seco que le prestó. El fuego de la chimenea ardía fuerte y lentamente el linyera fue retomando su cordura. Aunque no dejaba de pedirle perdón y sus ojos seguían brillando de lágrimas.

Fue entonces cuando se dirigió hacia el mueble que estaba debajo de la ventana, donde Julián había levantado su pequeño altar a Luciano; tomó uno de los tantos portarretratos que allí se encontraban, miró la foto y girando para encontrarse con Julián le dijo: yo soy el que conducía el colectivo el día que su hijo murió, yo soy el asesino de su hijo, y por eso le pido perdón; no ha pasado ni un día en que no haya recordado ese atroz momento, cuando los frenos del colectivo se me rompieron y fui a dar a la reja de su casa. El miedo, al ver lo que había ocasionado, hizo que saliera huyendo, dejando tras de mí una tragedia para usted y su mujer. Yo maté a su hijo y le juro que si pudiera hacer algo para devolvérselos lo haría porque no he podido volver a ser yo desde esa nefasta tarde, perdí trabajo, esposa, y ahora yiro por las calles de la ciudad sintiendo el rechazo de la gente, y eso pareciera que alivia mi pena porque eso es lo que merezco, rechazo, repudio. Porque no debí haberme ido, yo debí haberme quedado y ayudado porque no quise matarlo, fue un accidente fatal. Pero mi cobardía pudo más. Hace tiempo que vengo siguiéndolo y hoy sentí que era el momento de pedir perdón, y sé que está en todo su derecho de no dármele, y hasta entendería si quiere matarme, y hasta me haría un favor, así acabaría con este tormento. Cada noche necesito embriagar mi mente para no escuchar los gritos de los niños, no ver la imagen de ustedes abrazando el cuerpecito muerto de su hijo. Yo provoqué todo eso y merezco su repudio.

Julián se había quedado petrificado, escuchó cada palabra de aquel linyera; tenía enfrente al asesino de su hijo, al culpable de que su hermosa vida se hubiera desmoronado hasta quedarle nada, y sin embargo se encontraba ahí, quieto, sin poder mover sus piernas, tendiéndole tazón de sopa para que se calentara.

Mientras el linyera aceptaba el tazón, él pensaba las veces que fantaseó la muerte del asesino de su hijo; y ahora lo tenía enfrente, y sentía lástima, sí lástima, porque sus heridas ahora iban cicatrizando lentamente, en cambio las de ese hombre nunca lo harían, llevaría por siempre la condena de haber huido cobardemente, el haberlo perdido todo, el terminar vagando por las calles para recibir repudios, mendigando atención, amor, perdón.

Julián miró otra vez a los ojos al linyera, se acercó, lo tomó del brazo y le dijo: entiende usted que aunque lo perdone por haberme quitado a mi hijo y cambiado mi vida no puedo dejarlo salir a la calle así nomás, pues usted se escapó de la escena y se transformó en un asesino, y no merece más que la cárcel. El linyera agachó la cabeza y sin resistencia le dijo: no esperaba otra cosa señor, sé que eso y mucho más es lo que me merezco, haga usted lo que deba hacer.

Julián entonces tomó el celular, llamó a la policía y reportó que el asesino de su hijo se encontraba en su casa, que vinieran a buscarlo. Hecho esto, se sentaron juntos a esperar. Ambos hombres, después de tanto tiempo, pudieron cerrar sus heridas. Uno volvía a la vida, el otro comenzaba a pagar su crimen.